

"Laudatio del Dr. D. Emilio Rodríguez Almeida", *Acto solemne de investidura como Doctor Honoris Causa de D. Emilio Rodríguez Almeida*, Sevilla, 2001, pp. 5-15.

LAUDATIO IN HONORE

DR. EMILIO RODRÍGUEZ ALMEIDA

**Prof. Dr. Genaro Chic García,
Catedrático de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla.**

Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades presentes,
Compañeros docentes y no docentes,
Estimados alumnos y amigos todos

Me ha correspondido un gran honor al ser designado para presentar en público a una persona cuya valía está de sobra reconocida tanto en los ámbitos académicos como en todos aquellos otros que, sin serlo, están relacionados con el mundo del saber. Cuando el 10 de Abril de 1997, día de San Ezequiel, el Departamento de Historia Antigua de nuestra Universidad tomó la decisión de iniciar los trámites para proponer al Dr. Emilio Rodríguez Almeida para que le fuese otorgado el Doctorado Honoris Causa, creímos que estábamos realizando un acto de estricta justicia. Enseguida los compañeros de otras áreas se sumaron gustosos a nuestra solicitud, en particular los de Arqueología y de Derecho Romano, más afines a nuestras tareas. Nuestro llorado maestro, el Dr. Presedo acudió a su última Junta de Facultad de Geografía e Historia expresamente para solicitar el apoyo de esa institución, que sin dudar lo concedió, y finalmente, luego de pasados todos los informes favorables y trámites pertinentes, el Claustro Universitario de 29 de Abril de 1999 aprobó por asentimiento la concesión del honor solicitado para la persona que hoy es objeto de nuestro homenaje.

Hoy, 26 de Abril, es el día de San Isidoro de Sevilla, y aunque la Universidad haya tomado unos derroteros laicos evidentes, no podemos dejar de lado que somos lo que hemos sido, y que en ese "hemos sido" la memoria, como contrapuesta al olvido, juega un papel fundamental en nuestras vidas. Los historiadores solemos, en mayor proporción que otros investigadores, usar valores cualitativos para calificar a lo que se nos presenta como la realidad. Dejando a un lado el tiempo cronológico, siempre igual, consideramos que existen unos momentos más importantes que otros y los llamamos, con una insistencia que tiene poco sentido lógico, "históricos". San Isidoro, a quien Sevilla celebra, ocupa uno de esos momentos fuertes en la historia del saber. Ese santo, ese *big man* del pensamiento, de familia cartagenera, estuvo en el origen de una manera de entender las cosas e influir en la percepción de la realidad que hizo que el nombre de Sevilla quedase ligado a una difusión universal de los saberes muchos siglos antes de que nuestra Universidad tomase carta de naturaleza. No sin razón la Iglesia católica le nombró, también con carácter universal, Doctor, con mayúsculas, para acentuar la causa de su honor.

Como diría el gran Carriazo, hoy es un día radiante para la Universidad de Sevilla, universal y acogedora al mismo tiempo, porque honra a personas ilustres y se honra al

contarlas entre los suyos de una manera íntima. Por eso lo celebra de acuerdo con unos ritos que conservan parte de lo dispuesto en los Estatutos de la Universidad de Sevilla con fecha de 21 de Abril de 1621. Porque si ya no se va a buscar al que recibe la honra del doctorado a su casa con toda la música, ni se sigue haciendo el Vejamen de índole burlesco por parte del doctor más joven (en una llamada a la modestia y a la humildad) bien es verdad que se mantiene el himno goliardesco del *Gaudeamus*, con su llamada a pasarlo bien mientras somos jóvenes, pues tras la alegre juventud y la triste senectud todo se desvanecerá como el humo.

Lo que no se desvanece tan rápido es la gloria de las grandes acciones. Y volvemos con ello, en esta sociedad tan presuntamente laica y lógica, a la exaltación de lo cualitativo. Con razón señalaba Aristóteles que lo que hace a uno grande de verdad no es su tamaño físico sino su cantidad de ser acumulado, esa fuerza interior que los antiguos griegos denominaban *menos* y algunos pueblos polinesios *mana*. No hay, posiblemente, una palabra más bella que la de maestro, el *magister*, el que es más y por eso puede transmitir su fuerza interior, su saber, a los que son alimentados por él, a los *alumnos*, de los que se hace salir como de una fuente interior, mediante la acción de *educare*, de desentrañar, lo mejor que hay en ellos. El que sabe mostrar el camino del saber, el *docente*, recibe como compensación, a cambio, el que se le denomine con la palabra que más le honra, la de *doctor*. Y Emilio Rodríguez Almeida se ha ganado con creces esa alabanza pública de la palabra Doctor, expresada con el énfasis de la letra mayúscula.

Nacido en una de las ciudades que mejor suenan en la toponimia española, en Madrigal de las Altas Torres, este compatriota de Isabel la Católica, después de estudiar en Ávila Humanidades, Filosofía y Teología, marchó a completar su formación en Roma en el año de esperanza de 1956, poco antes de que los rusos pusiese en el espacio su primer satélite artificial (el *Spútnik I*) comenzando una carrera meteórica que acaba de concluir con la destrucción controlada de la estación orbital *Mir*. Pero mientras los demás escuadriñaban en cielo, él sacaba pacientemente sus secretos a la madre tierra de los hombres leyendo los letreros de la Catacumba de Priscila, que fue el objeto de su Tesis Doctoral y que le permitió convertirse en el consumado epigrafista que hoy es, mientras completaba su formación como arqueólogo y filólogo. Estamos ya en 1968, el año de los grandes cambios sociales en Europa. Por imperativos vitales, él nunca fue docente de número de ninguna Universidad ni organismo oficial de investigación. Pero amó al estudio casi tanto como a su familia y mientras trabajaba seguía la senda o cultivaba la amistad, según los casos, de grandes maestros, como Heinrich Dressel, Guglielmo Gatti, Lucos Cozza, Antonio Maria Colini, Fausto Zevi, Filippo Coarelli, Mario Torelli, Silvio Panciera, Heiki Solin, Pierre Gross, J. Paul Morel, Bernard Liou y tantos otros que hoy pueden agradecer a la Universidad de Sevilla que le haya hecho justicia con el reconocimiento oficial de sus méritos.

Emilio escribe siempre que puede y ha realizado una magnífica labor de investigación, en los campos de la Arqueología Clásica y la Historia Antigua, generalmente sin contar con subvención alguna. Conoce como pocos la topografía urbana de la antigua Roma, pues no en vano ha dedicado largos años al estudio de ese mapa en piedra que se nos ha conservado, aunque hecho miles de pedazos, desde que unas excavaciones en 1562 sacaran a la luz lo que el emperador Septimio Severo hizo realizar el año 210. Con una paciencia infinita y una voluntad que iba mucho más allá que la ausencia de financiación, logró identificar a partir de 1973 numerosos lugares, edificios singulares, complejos urbanísticos, hasta el punto de hacer avanzar el conocimiento de la Roma urbana en casi un 20 % antes de que, por fin, en 1987 y gracias al patrocinio de una empresa informática, se pudiera, al menos, realizar planteamientos más avanzados con la aplicación de las nuevas técnicas. La maqueta musoliniana utilizada -de forma inconfesada- para realizar películas como la de *Gladiator* puede ganar en precisión gracias a él. ¡Con qué emoción ha ido recogiendo los nuevos

fragmentos aparecidos en 1983, 1995 o 1999! Los textos clásicos, esos que tan bien conoce, sobre todo los de los autores satíricos, iban cobrando vida al poderse visualizar sobre el mapa. Su agudeza le ha ido dando sentido a unas palabras que antes carecían de él o estaban mal interpretadas. ¡Cómo ha ganado nuestro conocimiento de la Antigüedad con su trabajo!

Salvo unos años en los Estados Unidos de Norteamérica, su vida ha estado ligada a la ciudad de Roma. Pero no ha podido ni querido desentenderse de los estudios referentes a su tierra de origen. Su lección magistral de hoy, dedicada a esa Ávila donde vive su anciana madre, es en sí misma, aunque quizás no se vea a primera mirada, todo un mensaje de amor. Pero los españoles, y sobre todo los andaluces, le debemos mucho más por sus trabajos en un campo como es el de las ánforas del Monte Testaccio, que le han dado fama mundial. Desde 1971, hace 30 años, emprendió, una vez más en solitario, por su cuenta y riesgo y sin la más mínima ayuda oficial, el trabajo de recoger material en esa enorme escombrera o basurero que se formó junto al Tíber con los restos de más de veinticinco millones de ánforas, de las cuales casi un 90 % eran con seguridad de estas tierras. Nada se había hecho prácticamente al respecto desde que hace más de un siglo el sabio germano-italiano H. Dressel hubiese realizado los primeros estudios sobre el lugar y sacado a la luz varios miles de inscripciones, unas impresas o arañadas sobre los tiestos y otras pintadas con tinta sobre la superficie de unas ánforas poco esbeltas, como nuestros antiguos cántaros de agua, pero que tienen en sus destrozadas paredes escrita buena parte de la historia del olivar bético.

El Dr. Rodríguez Almeida empleó todo su tiempo libre en tareas de investigación pura. Realizó millares de fichas, publicó una parte y nos cedió siempre con la mayor generosidad el libre acceso al resto a quienes, desde estas tierras, empezábamos a plantear nuevos métodos para analizar lo que pudo ser la economía de la época en que en el Imperio Romano el nombre de Hispania en general y el de la Bética en particular era sinónimo de riqueza y poder. No podía ser una casualidad, y no lo fue, el hecho de que los primeros emperadores no italianos tuviesen aquí sus orígenes.

La tipología formal de esos envases, establecida de forma diacrónica por Rodríguez Almeida, ha permitido a los arqueólogos, tanto terrestres como submarinos, hablar con bastante precisión a la hora de fechar muchos yacimientos. ¡Cómo ha avanzado nuestro conocimiento de la difusión y dispersión del aceite andaluz, desde Marruecos a Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc. hasta llegar a regiones como Hungría, Grecia, Israel o Egipto, gracias a este tipo de estudios sobre la cronología de los tipos! ¡Qué fecundo ha sido su magisterio sobre otros autores posteriores!

Pero si ello hubiera bastado para que los investigadores de la Antigüedad, y muy especialmente los andaluces, tuviésemos una gran deuda de gratitud hacia Emilio Rodríguez Almeida, lo dicho no constituye más que una pequeña parte de su inmensa labor. Una de las principales peculiaridades del Testaccio reside en que los restos anfóricos han sido depositados allí siguiendo un elaborado plan que ha permitido crecer al Monte de forma organizada para evitar derrumbes, al tiempo que la cal viva, arrojada sobre los tiestos empapados en aceite, impedía el mal olor y las enfermedades, mientras colaboraba en la consistencia del conjunto. Los depósitos fueron realizados pues de forma sincronizada, lo que, ya de por sí, permite establecer una cronología relativa de las marcas que los alfareros dejaron sobre el barro aún fresco. Pero es que además, desde fines del siglo I al menos y hasta mediados del III, todas las ánforas llevan escritos un gran número de datos, entre los que figura la fecha. La escritura, estudiada por Rodríguez Almeida con vocación de paleógrafo (otra de las ramas en la que su prestigio es indudable) está realizada con cálamo y tinta negra en estilo cursivo. Hemos podido así conocer mejor los hábitos escriptorios de los antiguos andaluces de hace dieciocho o diecinueve siglos. Además, dado que se trata de apuntes administrativos, con

una lengua más cercana a la hablada que la que normalmente reflejan los textos literarios o las inscripciones sobre piedra o bronce, hemos podido conocer la evolución de nuestra lengua en los comienzos de nuestra era.

Otro tipo de rótulos, los escritos con pincel sobre el hombro del vaso cerámico, aproximadamente a la altura de las asas, sabemos que reflejan los nombres de los comerciantes que contribuyeron con su trabajo a la difusión del aceite, bien hacia Roma u otras ciudades, o bien hacia los campamentos legionarios adonde el Estado hacía llegar este precioso licor de los olivos béticos. Emilio Rodríguez Almeida no sólo ha hecho aumentar considerablemente la nómina de los personajes que se hicieron cargo del envasado y la difusión del aceite andaluz, estableciendo relaciones entre las familias de comerciantes que aparecen en los rótulos y la epigrafía monumental de las riberas del Guadalquivir, sino que ha establecido nuevas series en las que demuestra de forma clara que, a partir de fines del siglo II o comienzos del III, el emperador interviene directamente en el proceso poniendo su nombre donde antes aparecía el de los comerciantes. Ello ha dado pie a conocer una faceta intervencionista directa del Estado romano en el proceso de distribución que antes se ignoraba. Lo que podríamos llamar el proceso de "egiptización" progresiva de Roma ha encontrado una nueva luz con estos documentos encontrados y estudiados por el Dr. Rodríguez Almeida.

Las mismas marcas de alfarero que se encuentran sobre el Monte Testaccio aparecen aquí, en las orillas del Guadalquivir y del Genil, pero también en la zona gaditana y en la costa malagueña, en los numerosísimos yacimientos arqueológicos que corresponden a antiguos alfares dedicados, fundamentalmente, a la fabricación de las ánforas que vemos en el Testaccio. Se puede saber, por tanto, en muchas ocasiones el lugar y la fecha precisa de producción. A veces se puede saber incluso el mes en que se coció el ánfora, pues con cierta frecuencia los alfareros, aparte del sello o sellos que solían imprimir en el asa, dejaban anotadas cuestiones que para ellos eran importantes sobre el barro fresco mediante una punta dura. Este es otro de los campos donde el Dr. Rodríguez Almeida ha abierto nuevas vías, no sólo ayudando a entender la lectura de esas letras garrapateadas, sino también estableciendo su relación con los otros datos pintados, de forma que podemos en algún caso saber cuánto duraba el proceso de almacenamiento de los envases antes de su uso, lo que plantea problemas logísticos que ayudan a los arqueólogos a comprender mejor determinadas estructuras de almacenaje. Unos datos que, reunidos pacientemente durante muchos años y sólo parcialmente estudiados y publicados, el Dr. Rodríguez Almeida ha cedido gentilmente a nuestra Universidad para que nuevos investigadores puedan profundizar su estudio desde aquí y prepararse para nuevas misiones.

Las ánforas llevan también pintadas unas cifras que nos indican su peso vacías (unos 30 kilos) y el peso del aceite en ellas envasado. Ello ha permitido al Dr. Rodríguez Almeida afinar estudios de metrología, observando el establecimiento de una tendencia a los estándares, en torno a un peso de aceite de 216 libras (unos 70 kilos), que ayudan a comprender los procesos de control de almacenamiento y previsión de embarques para el transporte.

Esas mismas cifras, o por lo menos la principal, la que hace referencia al peso del aceite contenido en un ánfora concreta, vuelve a aparecer recogida en el antes citado control cursivo, que se pintaba junto el asa que quedaba a la derecha del rótulo que indica el nombre del comerciante o difusor. Hay otras cifras, relativas al orden de la partida en la expedición, y también el nombre del distrito fiscal donde se ha efectuado el control (Córdoba, Écija, Sevilla, Málaga, etc.) y, lo que es de gran importancia para el estudio de nuestra antigua economía, el nombre del aceite, con referencia a la finca y/o al productor del mismo. La nómina de los aceiteros ha sido elevada considerablemente por Rodríguez Almeida, de modo que vamos pudiendo empezar a conocer mucho mejor que en cualquier otra parte del Imperio

Romano, la estructura productiva de nuestro antiguo olivar y el sistema de relaciones establecido entre las familias que tienen el poder en muchas de las ciudades ribereñas de ese Guadalquivir que era posible remontar, navegando con barcas, hasta Córdoba y, por el Genil, hasta Écija.

El puerto de Sevilla, punto de conexión durante mucho tiempo entre la navegación fluvial y la marítima, empieza a desvelarnos, por simple cálculo y sin contar con las inscripciones pertinentes al tema encastradas en la Giralda, la magnitud de su tráfico.

En 1982, cuando el grueso de este trabajo estaba ya en buena medida realizado, se decidió en un *Congreso Internacional sobre Producción y Comercio del Aceite de Oliva en la Antigüedad*, celebrado en esta ciudad de Sevilla, poner en marcha una labor que permitiera darle carácter oficial, por medio de excavaciones regulares, a la tarea realizada en solitario por el Dr. Rodríguez Almeida. La planificación del proyecto, que había de ser desarrollado en principio por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de Barcelona, que se encargaron de buscar los fondos, fue encargada obviamente a quien más entendía del tema. Por entonces el Dr. Rodríguez Almeida vivía en California, lo que no le impidió, a lo largo de tres años, poner en pie en un país distante la organización de tan magna obra, de la que al final dirigió las primeras excavaciones sobre el propio Monte en los años 1989, 1990 y 1991. Aún se vive de las rentas de aquello y una generación de jóvenes investigadores está tomando el relevo en los trabajos en medio de esperanzadoras expectativas.

Lo que hemos podido avanzar los investigadores de la economía de la antigua Bética gracias a los trabajos emprendidos por el Dr. Rodríguez Almeida no es muy difícil de imaginar. Con series documentales fechadas, como las que ha ido poniendo a nuestra disposición, se ha podido emprender la realización de una serie de Tesis Doctorales que van desvelando, por vez primera y sin precedentes en otros lugares de Europa, la evolución de una parcela económica fundamental, como es la implicada por el aceite de oliva, que, combinada con los datos ofrecidos por otros materiales que no ofrecen la misma precisión, está ayudando a comprender con bastante profundidad el proceso evolutivo de la economía andaluza en los siglos I a III de nuestra era. Si mira no ya hacia atrás, sino sólo a su alrededor, el gran maestro puede sentirse más que orgulloso de la labor hasta ahora realizada.

No debe extrañar por tanto a nadie que, pese a no haber estado ligado económicamente de forma estable nunca a ninguna institución académica, se haya reconocido desde hace tiempo la labor de este magnífico investigador en los campos de la Arqueología Clásica y la Historia Antigua, y que haya ejercido una actividad académica como *lecturer* o en calidad de *visiting professor* en respuesta a la invitación de distintas Universidades y Academias. Es así como, en el ejercicio de la primera función, ha dado lecciones en Universidades italianas y españolas (Roma, Bari, Viterbo, Perugia, Madrid, Sevilla, Barcelona, Santander) y en muchas otras europeas (Aix-en-Provence, Marsella, Berna, Basilea, Lausana) y americanas (U.C.L.A., U.C. Irvine, Stanford, Berkeley). En el desempeño de la segunda, ha impartido seminarios de las especialidades de anforología, topografía urbana de Roma, epigrafía anforaria cursiva en las Universidades de Roma, Perugia y Berkeley, así como cursos de autores latinos en Berkeley.

El profundo conocimiento de los temas en los que es especialista, ha hecho también que, desde 1970, haya participado asiduamente en las actividades de todas las principales academias internacionales de Arqueología Clásica de Roma, participando en sus congresos con comunicaciones y ponencias y publicando en sus órganos de información científica, como se puede observar en una breve ojeada al listado de sus publicaciones. Es miembro correspondiente de la Pontificia Academia de Archeologia di Roma y ha sido Doctor vinculado de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma entre 1993 y 1995. Esta última actividad ha hecho posible además que nuestros estudiantes, becados en esa ciudad o en

otras vecinas, hayan podido conocer el calor de un maestro consumado como es él y hayan podido sacar provechosas lecciones de un hombre tan buen conocedor del mundo antiguo como es Emilio Rodríguez Almeida.

Por su actividad académica y humana, estimamos que la Universidad de Sevilla no hace sino justicia al reconocerle los méritos contraídos con la concesión del Doctorado Honoris Causa, ampliamente merecido. El honor, solicitado para él, recaerá luego ampliamente sobre la propia Universidad que lo otorga, pues sólo puede otorgar el honor quien lo tiene en demasía y se engrandece ampliando su base de personas honorables.